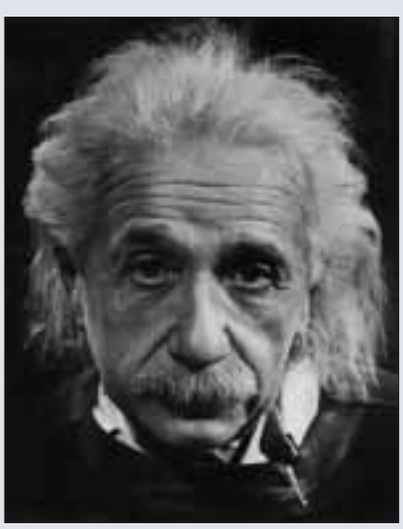
EINSTEIN NO FUE EL IDEÓLOGO DE LA BOMBA ATÓMICA

¿EXISTIRÍA LA BOMBA ATÓMICA SI NO HUBIERA EXISTIDO ALBERT EINSTEIN? DURANTE AÑOS SE HA CONSIDERADO QUE EL PADRE DE LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD LO ERA TAMBIÉN DE LAS TRAGEDIAS DE HIROSHIMA Y NAGASAKI. ESE SERÍA EL LADO OSCURO DE LA CIENCIA Y DEL GENIO. SIN EMBARGO, UNA NUEVA MIRADA APUNTA A OTRO REPARTO DE RESPONSABILIDADES.

Fuente:
ABC Periódico Electrónico S.A.

Aunque se sabe que **Einstein** no participó directamente, o no demasiado, en el logro físico de la bomba (ese «honor» le corresponde al estadounidense **J. Robert Oppenheimer**), durante años se ha dado por hecho que nada de aquello habría ocurrido si **Einstein** no hubiera escrito al presidente **Franklin Delano Roosevelt** advirtiéndole del potencial bélico de la reacción nuclear en cadena.



EN LAS PORTADAS

Einstein siempre minimizó la importancia de esta carta. Pero en 1945 la revista americana «*Time*» llevó a su portada un hongo atómico bajo la célebre ecuación E = mc2. La portada de «*Newsweek*», otra importante publicación, reproducía directamente la cara de **Einstein** con la leyenda «El hombre que lo empezó todo».

Hay que situarse en la época: los **Estados Unidos** se debatían entre el horror y el orgullo. Que la bomba más temible de la historia fuera americana no dejaba de ser un éxito. Y un éxito personal del presidente **Roosevelt**, asesorado por el científico más grande de la historia, nada menos.

Sin embargo, la revista científica «*Discover*» desempolva ahora detalles del caso que, aunque desmienten algunas excusas de **Einstein** -como que él se limitara solo a firmar la carta a **Roosevelt**, cuando en realidad trabajó activamente en su elaboración y tramitación-, avalan la tesis central de que él no fue el verdadero culpable de aquella bomba.

NO FUE EL PRIMERO

Para empezar «*Discover*» recuerda el dato sabido, aunque a menudo olvidado, de que **Einstein** ni siquiera fue el primero en vislumbrar las posibilidades de la reacción nuclear en cadena. La idea se le ocurrió a **Leó Szilard**, un físico húngaro muy amigo de **Einstein**, judío como él, asimismo refugiado en los **Estados Unidos** ante el ascenso de los nazis. «¡Nunca lo había pensado!», dicen que dijo el genio cuando **Szilard** y otro físico también judío y húngaro, **Eugene Wigner**, fueron a visitarle a su casa en **Peconic** para hablarle del tema.

Szilard y **Wigner** habían sabido que los nazis estaban acaparando todo el uranio que podían en la que por aquel entonces era la colonia belga del **Congo**. Sumaron dos y dos y llegaron a la conclusión de que **Hitler** podía estar a un paso de la bomba atómica. Y decidieron que había que advertir de ello a los belgas.

Como a ellos les conocían en su casa a la hora de comer recurrieron a **Einstein**, entonces ya bastante famoso, respetado y profesor en **Princeton**. Entre los tres dieron muchas vueltas antes de llegar a la conclusión de que su primer deber era informar de sus temores al presidente de los **Estados Unidos**.

Cuando por fin llegaron a esa conclusión, a **Einstein** no se le ocurrió otra cosa que elegir como intermediario al piloto **Charles Lindbergh**, condecorado por **Hermann Goering** y firme partidario de que **Estados Unidos** se abstuviera de entrar en la Segunda Guerra Mundial, aparte de ilustre antisemita. Cuando se dieron cuenta del error buscaron a otro correo del zar. Pero entre una cosa y otra se les fueron meses.

Eran los meses en que la **Alemania** nazi y la **Unión Soviética** firmaban su pacto para repartirse **Polonia**. **Einstein** y sus colegas veían en los **Estados Unidos** la única tabla de salvación frente a Hitler. Su idea no era animar a los americanos a lanzar bombas atómicas, sino a impedir su lanzamiento desde **Berlín**. Pero la historia no siempre se ajusta a lo esperado. ■